

## PRESENTACION

Francisco López Rivera, SJ

En este número combina una reflexión sobre una de las meditaciones centrales de los Ejercicios, las dos banderas, con dos experiencias personales que reflejan de distinta manera las mismas banderas.

En primer lugar, Alberto Ares, jesuita español, nos presenta la meditación o ejercicio de los Dos Banderas, como un programa de formación en la fe y en el seguimiento de Jesús. El título alude las señales que marcan la ruta del "Camino de Santiago de Compostela".

En seguida, Conchita Arias, laica, colaboradora del Centro Ignaciano de Espiritualidad, nos da su testimonio de lo que ha significado para ella la espiritualidad ignaciana. Es una invitación a vivir el espíritu ignaciano, con gran provecho personal y como una capacitación para acompañar a otras personas en su búsqueda del Señor.

Finalmente, José Luis Serra, Director del Centro Ignaciano de Espiritualidad, nos presenta la reflexión personal presentada en el Encuentro de jesuitas "Conflictividad y Vivencias de esperanza en la Construcción de la Paz con Justicia en México", realizado en enero pasado.

REFLEXIONES IGNACIANAS	INDICE
Revista de Espiritualidad Ignaciana Centro Ignaciano de Espiritualidad Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús	<b>FLECHAS AMARILLAS. LA EXPERIENCIA            FORMATIVA DE LAS DOS BANDERAS</b>
Director: Francisco López Rivera, S.J.	Alberto Ares Mateos, SJ ..... 4
Consejo Editorial: Francisco López Rivera, S.J. José Luis Serra Martínez, S.J.	<b>¿QUÉ HA SIGNIFICADO PARA MÍ, COMO LAICA,            LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA?</b>
Revisor José de Jesús Rojas García, S.J.	Conchita Arias y Simarro ..... 13
Impresión <b>E3MEDIA</b> www.e3media.mx	<b>VIDA Y CONFLICTO CON EL PUEBLO</b> José Luis Serra Martínez, SJ ..... 18
<a href="http://www.ciemexico.mx">www.ciemexico.mx</a>  <b>Séptimo Número</b> <b>FEBRERO 2013</b>	

# Flechas amarillas<sup>1</sup>

La experiencia *formativa* de las Dos Banderas

Alberto Ares Mateos, SJ<sup>2</sup>

Cuando una persona que no está familiarizada con la tradición cristiana toma contacto con la meditación de las Dos Banderas de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio (EE 136-148), corre el riesgo de no encontrarle mayor sentido. ¿Por qué debiera uno querer ser pobre o humillado? ¿Cómo puede decirse que tener bienes y buena estima no es algo bueno? Todos sabemos que hay elementos importantes y necesarios para la vida: aceptación, afecto, respeto, autoestima, realización y plenitud<sup>3</sup>. Además, se ha demostrado que bajo el nombre de “pobreza” se han desarrollado estilos de vida inmaduros, autoflagelantes, inseguridades e irresponsabilidad<sup>4</sup>. ¿Qué se puede decir, entonces, a propósito del itinerario que propone Ignacio en la Meditación de las Dos Banderas: animando al ejercitante en el deseo primero de mayor pobreza, luego de humillaciones y finalmente de humildad?

## Dos Banderas

### *Pobreza v/s Riquezas: ¿Qué soy?*

Ignacio claramente consideró todas las necesidades básicas que el ser humano debe tener cubiertas para sobrevivir. Para él, obviamente los bienes no son algo malo para los cristianos, sino medios potenciales para servir a Dios y a los demás (EE 23). Ya que ciertas relaciones entre los bienes y el poder tienden a corromper, necesitamos volvernos indiferentes para usarlas de forma adecuada. Esta es la clave: hacernos indiferentes para discernir y tomar la decisión correcta. Y nosotros ya sabemos por el Principio y Fundamento (EE 23) lo que significa dicha indiferencia. Las cosas no son buenas o malas en sí mismas<sup>5</sup>, sino que su cualidad depende de la forma en que nos relacionamos con ellas.

Claramente Ignacio diría que necesitamos tanto de las cosas materiales como de la seguridad intelectual y psicológica. Sin embargo, ellas no son el fin de nuestras vidas; lo que buscamos es vivir plenamente como seres humanos. Los bienes no determinan finalmente quiénes somos. Los ingresos económicos y los recursos materiales son buenos, pero si vivimos exclusivamente pensando en tener más cosas, tratamos los bienes como fines y no como medios, que es lo que verdaderamente son<sup>6</sup>. Los bienes se transforman entonces en ídolos.

<sup>1</sup> Este artículo es una traducción realizada por **Cristóbal Fones SJ** del texto en inglés publicado en la revista *The Way* con el título: *'Yellow arrows': the mentoring experience of the two standards*. (2009), 77-89.

<sup>2</sup> **Alberto Ares Mateos SJ** es español. Fue ordenado sacerdote en el año 2007. Ha estudiado y trabajado en Valladolid, Salamanca, Vigo, Madrid, Boston y Guadalajara (México). En los últimos años, ya de regreso en España ha coordinado una red de instituciones sociales para familias inmigrantes y en la actualidad está ampliando sus estudios en migraciones.

<sup>3</sup> Ver Abraham H. Maslow, *Toward a Psychology of Being* (New York, Van Nostrand, 1982 [1962]), 3.

<sup>4</sup> Kenneth L. Becker, 'Beyond Survival: The Two Standards and the Way of Love', *The Way* (Julio 2003), 125-136, aquí 125.

<sup>5</sup> 'Goods are neutral. They can be used to bring people together or drive them apart.' (Mary Douglas and Baron C. Isherwood, *The World of Goods: Towards an Anthropology of Consumption* [London and New York: Routledge, 1996], citado en Kenneth R. Himes, 'Consumerism and Christian Ethics', *Theological Studies*, 68 [2007], 138).

<sup>6</sup> Amartya Sen, *Development as Freedom* (New York: Achor Books, 2000), 13-15, 54-86.

La pobreza nos ayuda a ser indiferentes y a estar abiertos a la libertad espiritual. “La pobreza, que es la libertad para amar, consiste en dar lo que yo soy hasta el punto de una pérdida riesgosa”<sup>7</sup>. La pobreza significa vivir de una forma no determinada meramente por nuestra necesidad de asegurar logros y posesiones<sup>8</sup>, esto es, alcanzar un mundo seguro. Implica la *libertad* para dudar, para escuchar otros puntos de vista.

*Desprecio v/s Estima: ¿Quién soy?*

Todos necesitamos ser reconocidos, respetados y estimados. El problema para Ignacio aparece cuando el honor, el respeto y la estima son el fundamento de nuestra identidad. Entonces, nos convertimos en esclavos de nuestra propia necesidad, somos lo que otras personas esperan de nosotros; nos subordinamos a la tarea de mantener nuestro status, nuestras relaciones y conexiones, nuestra reputación.

Ser liberados del control de una falsa estima por parte de los demás, al mismo tiempo que aceptar cierto tipo de riesgo y vulnerabilidad, nos ayuda a tomar conciencia que somos más que las expectativas de otra gente. Que alguien rechace mis ideas y comportamientos, puede ayudar a darme cuenta que “todo lo que soy se convierte en diversas formas en las que vivo el amor: mi verdadera autorrealización humana como una persona que ama individual, consciente, autónoma y responsablemente”<sup>9</sup>.

*Humildad v/s Soberbia: ‘Yo soy yo’ versus ‘Yo soy Dios’.*

*La humildad es la verdad...  
quien ignora esto, vive una vida de falsedad*<sup>10</sup>.

La soberbia es el siguiente peldaño en el camino que nos ofrece el enemigo de la naturaleza humana, lo que aquí llamo: la vía del mínimo esfuerzo. Una vez que vivimos exclusivamente para poseer bienes, para ser honrados y estimados, el siguiente paso es convertirnos en alguien soberbio. Y las personas soberbias viven con el miedo de perder todo aquello que han acumulado en sus vidas: bienes, status, conexiones, etc. El miedo y la esclavitud son dos grandes cargas. Para mantener lo que poseen, el orgullo los lleva a la autosuficiencia (o al menos eso es lo que ellos creen). Cuando todo deviene un ídolo al que venerar, comenzamos a pensar que no necesitamos nada de nadie. Siguiendo este camino empezamos a convertirnos en nuestra propia meta. Sin embargo, no experimentamos alegría porque estamos atrapados por nuestras propias necesidades.

La humildad consiste simplemente en asumir que yo soy yo, con mis necesidades, posibilidades, limitaciones y mi propia historia, tratando de ser auténticamente libre para vivir, discernir y dar lo que yo soy y tengo. Como decía Teresa de Ávila: la *humildad es la verdad*. Para Ignacio, la humildad es el punto de entrada a las demás virtudes. Una persona humilde tiene la puerta abierta para la fe, la

<sup>7</sup> Becker, ‘Beyond Survival’, 135.

<sup>8</sup> Ver George E. Ganss, *The Spiritual Exercises of Saint Ignatius: A Translation and Commentary* (St Louis: Institute of Jesuit Sources, 1992), 167-168.

<sup>9</sup> Becker, ‘Beyond Survival’, 134.

<sup>10</sup> Teresa de Avila, *The Interior Castle or the Mansions*, traducido por las Monjas Benedictinas de Stanbrook Abbey (Rockford: Tan Books, 1997), VI, chapter 10, 6.

esperanza, el amor, etc. La humildad significa aceptar la complejidad y ambigüedad de la vida humana. Una persona humilde no cree en los atajos para seguir a Cristo. Sólo es a través de Él que yo puedo vivir una vida plena.

### *Caminando sobre la cuerda floja*

*Quienquiera que comienza a servir a Cristo seriamente, experimenta oposición y diversidad de espíritus<sup>11</sup>.*

La tentación de crear un dualismo simplista, que meramente opone una supuesta “verdadera” espiritualidad, vida y economía a otras formas “falsas” existe. Me parece que la mayoría de nuestros esfuerzos por encontrar una manera auténtica de vivir que se construye en oposición a una manera falsa se basa principalmente en la ansiedad que nos provoca nuestra propia ambigüedad.

¿Por qué Ignacio ha escogido el esquema dualista de los dos caminos? Esencialmente, por propósitos pedagógicos. A través de esta meditación, Ignacio estimula al ejercitante a tomar consciencia de los ambiguos deseos del corazón humano, tanto los que nos llevan hacia Jesús como aquellos que nos atraen hacia lo que el mundo considera importante. Como cristianos, sabemos que somos al mismo tiempo santos y pecadores. Dios nos regala la libertad de aceptar o rechazar su amor, esto es, seguir lo que aquí llamo el *camino de la toma de conciencia* o la *vía del mínimo esfuerzo*<sup>12</sup>. Un claro signo de madurez es la capacidad de asumir ambos aspectos de nuestra vida.

### *La aventura de la gracia*

*A menudo, después que los ejercitantes hacen por primera vez esta meditación, declaran no tener problemas para pedir mayor pobreza actual. Pero cuando las condiciones de la pobreza material se describen en términos concretos... se dan cuenta que incluso el deseo de alcanzar dicha pobreza es un gracia<sup>13</sup>.*

Pero ¿cómo podemos enfrentar estas tensiones, luchas y sufrimientos con el enigma de nuestras vidas? Ignacio ofrece una clara respuesta: pidiendo a Dios la gracia de ser puestos con Él y con su Hijo<sup>14</sup>. Este es el objeto del triple coloquio (uno a Nuestra Señora, otro al Hijo y, finalmente, otro al

<sup>11</sup> William Yeomans, “The Two Standards”, *The Way Supplement*, 1 (1965), 14–27, aquí 23. Ver también Ignatius of Loyola, *Letters to Women*, editado por Hugo Rahner, traducido por Kathleen Pond y S. A. H. Weetman (Edinburgh: Nelson, 1960), 267.

<sup>12</sup> En *Evolución y Culpa*, Juan Luis Segundo describe cómo la condición humana puede ser entendida como un proceso evolutivo en el cual operan dos dinámicas: las “conductas mayoritarias” (mass behaviour) y las “conductas minoritarias” (minority behaviour). Yo quisiera relacionar estos dos movimientos al camino del mínimo esfuerzo y el camino de la toma de conciencia. Ver Juan Luis Segundo, *Teología abierta para el laico adulto*, vol. 5, *Evolución y culpa* (Buenos Aires: Carlos Lohlé, 1972). En inglés: *A Theology for Artisans of a New Humanity*, volume 5, *Evolution and Guilt*, traducido por John Drury (Maryknoll: Orbis, 1974).

<sup>13</sup> John J. English, *Spiritual Freedom: From an Experience of the Ignatian Exercises to the Art of Spiritual Guidance*, (Chicago: Loyola, 1995), 154-155.

<sup>14</sup> Dermot Mansfield, ‘Presenting the Two Standards: I’, *The Way Supplement*, 55 (1986), 30–31.

Padre). Y eso no es todo; Ignacio invita al ejercitante a orar esta meditación cuatro veces, pues quiere evitar cualquier acto de voluntarismo que nos prevenga de un buen discernimiento<sup>15</sup>. Incluso más, aceptar este regalo requiere un largo proceso de internalización que envuelve la persona completa y, probablemente, una vida entera<sup>16</sup>. Esta es la aventura de la gracia: un proceso, un camino donde nos hacemos más conscientes, más agradecidos y más responsables de los dones de Dios. Es un proceso en el cual reconocemos el camino del mínimo esfuerzo como inauténtico, y en el cual el camino de la toma de conciencia y la gracia se convierte en un espacio familiar para transitar.

### “Flechas amarillas”

Las flechas amarillas son símbolos importantes para los peregrinos en su camino a Santiago de Compostela. Las flechas muestran el camino correcto para seguir la peregrinación en cada encrucijada y tienen un sentido místico para casi todos los peregrinos. Luchando en mi propia vida entre el camino de la gracia y el camino del mínimo esfuerzo, he encontrado cuatro “flechas amarillas” que considero más principales. Estas “flechas” me ayudan a orarle a Dios y a ser recibido por su Hijo.

### *Sentirse a gusto en el mundo*

*Sentirse en casa es ser capaz de encontrar sentido en lo que ocurre a mi alrededor de un modo permanente, más allá de lo que pueda ocurrir en lo inmediato. Sentirse profundamente en casa en este mundo es habitar en una fe valiosa, que merece la pena<sup>17</sup>.*

La idea de la peregrinación evoca cierta aventura, valentía, audacia, relaciones, alianza y promesa. En nuestras sociedades, donde la migración humana va siendo cada vez más común en todos los rincones del mundo, la peregrinación como metáfora tiene una significación especial. Con la creciente globalización aparece también un deseo de preservar las tradiciones regionales. Así, me parece que el proceso de humanización se entiende mejor a partir de dos tendencias: “una de diferenciación, autonomía y agencia, y otra de relación, pertenencia y comunión”<sup>18</sup>. Integrar estas tendencias en la metáfora de la peregrinación enriquece nuestra comprensión del desarrollo humano. La práctica de la peregrinación es al mismo tiempo un ir hacia adelante (un viaje) y un retorno al hogar. Si entendemos el desarrollo humano no simplemente como partidas y llegadas sino también como el viaje mismo y

---

<sup>15</sup> “El coloquio es el momento racional de la meditación. La palabra pone orden en lo “evidente afectivo” que el ejercitante ha ido viviendo preámbulo y punto a punto; ahora le toca a él intervenir. Su palabra es un realizativo intencional. Verbalizar el deseo de querer ser recibido bajo la bandera de Cristo es convertirse ya—en la intención—en su siervo y amigo ....” (José García de Castro, “Éranse una vez Dos Banderas: Observaciones al texto ignaciano”, Manresa, 67 [1995], 163–164).

<sup>16</sup> Ver Maurizio Costa, “Banderas”, en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, volumen 2, G–Z, editado por José García de Castro, Pascual Cebollada Silvestre y el Grupo de Espiritualidad Ignaciana (Bilbao y Santander: Mensajero y Sal Terrae, 2007), 211–221, aquí 220–221.

<sup>17</sup> Sharon D. Parks, *Big Questions, Worthy Dreams: Mentoring Young Adults in Their Search for Meaning, Purpose, and Faith* (San Francisco: Jossey-Bass, 2000), 34.

<sup>18</sup> Parks, *Big Questions*, 49.

como una serie de transformaciones en el significado de “hogar”, entonces nos ayudaremos a sentirnos más en casa en el mundo.

### *Testigos de fe*

Para mí, un signo que me ayuda a ver que no es una locura pedir pobreza, oprobios y humildad es la experiencia de compañeros que han venido antes que yo. Todos debemos aceptar los riesgos implicados en cualquier elección y hemos de confiar en el testimonio de personas que nos ayudan a consolidar nuestro propio sistema o estructura de valores. Ellos son lo que Juan Luis Segundo llama “testigos referenciales”. La fe que todos los seres humanos compartimos es la fe antropológica. Para Segundo, cada ser humano tiene una tendencia a confiar en testigos referenciales para estructurar su propia existencia<sup>19</sup>, lo que articula la fe antropológica. Pero ¿por qué podemos llamar fe a este fenómeno? Es fe porque aquellos que se sostienen en los valores recibidos, lo hacen confiando en información que ellos mismos no tienen.

Desde otro punto de vista, la fe puede ser conectada con el significado. Sharon Parks define la fe como *...la actividad de buscar y descubrir el significado en las dimensiones más completas de nuestra experiencia... La fe es parte integral de la vida humana. Es un universal humano... se relaciona con el significado, la confianza y la esperanza. La fe determina la acción*<sup>20</sup>.

¿Cómo pueden aquellos testigos en los que confío ser útiles *mentores* que acrecientan mi toma de conciencia del plan de Dios para la humanidad y para la comunidad humana a la cual he sido llamado y de la cual soy parte? ¿Cómo aprendo a encontrar sentido de modo que oriente y sostenga una vida adulta de fe que valga la pena?

Si entendemos lo importante que son los testigos referenciales, los formadores o los educadores, nos damos cuenta que un ambiente de acompañamiento educativo es un poderoso don para la formación del significado, el propósito y la fe. Los buenos educadores también favorecen en las personas formas claves de reconocimiento, apoyo, desafío e inspiración en un diálogo continuo<sup>21</sup>. Los ambientes de acompañamiento, como las comunidades religiosas, la naturaleza, el lugar de trabajo o las instituciones de educación superior, entre otras, tienen un rol importante de ayuda para que aprendamos a recibir el don de un “sueño valioso” en nuestras vidas. Este sueño es más que una fantasía o una ilusión pasajera. Es más bien una “posibilidad imaginada que orienta el sentido, el propósito y la aspiración”<sup>22</sup>.

Existe así una sensación de que *nos convertimos en aquello que respiramos*. Una cultura de acompañamiento motiva a las personas ofreciéndoles imágenes valiosas, animando a una sana crítica del mundo, evocando un sentido vocacional e inspirando las más altas aspiraciones.

### *Enamorarse*

---

<sup>19</sup> Aquí es importante recordar que “fe”, al igual que “esperanza” y “amor”, no es meramente un concepto sino también puede referir a una capacidad del ser humano (“tener fe”). Ver Parks, *Big Questions*, 32–33.

<sup>20</sup> Parks, *Big Questions*, 7, 16.

<sup>21</sup> Parks, *Big Questions*, 127-157.

<sup>22</sup> Parks, *Big Questions*, 146.

*"Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?". Él le dijo: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se apoyan toda la Ley y los Profetas." (Mateo 22:36-40)*

Nuestro camino de toma de conciencia y de gracia puede ser llamado el camino del amor. ¿Por qué? Porque la tensión que Ignacio presenta puede perfectamente considerarse desde el prisma del amor. La vía del mínimo esfuerzo lleva al miedo y a la esclavitud.<sup>23</sup> Cuando caminamos a lo largo de ésta, acabamos centrados en nosotros mismos: en las riquezas (interés propio), en la estima (amor propio) y en el orgullo (propia voluntad).

Por otra parte, el camino de la gracia está en relación con el amor. De hecho "el amor pregunta, lo primero de todo, no *¿quién eres tú para mí y mis necesidades?*, sino *¿quién eres tú?* Y *¿qué puedo hacer yo para facilitar que tú puedas llegar de una manera más plena a ser tú mismo?*".<sup>24</sup> Los psicólogos, y el mismo sentido común, nos muestran que necesitamos ser amados para poder amar. El amor invita al amor. Cuando amamos, relativizamos nuestras propias necesidades; lo cual no significa negarlas o ignorarlas. La verdadera libertad de espíritu implica confiar en que el amor es mayor que mis propias necesidades, que el amor es el centro de mi vida.

Hemos sido bendecidos porque "Dios nos amó primero" (1 Jn 4, 10). Y como Dios nos ha amado primero, el amor ahora ya no es un mero mandato. Ahora el amor es la respuesta al regalo de amor con el que Dios se aproxima a nosotros. Jesús es el amor encarnado que siguió el camino de la gracia en su propia existencia. A primera vista, parece una paradoja o incluso un misterio, como lo es el misterio del amor.

*"Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará. Pues, ¿de qué le sirve a un hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se destruye o se pierde?" (Lucas 9:24-25).*

*Si he sido agraciado con el don de la pobreza ("se vació a sí mismo, haciéndose hombre"), entonces soy rico; si no tengo nada como propio ("todo lo que tengo procede del Padre"), entonces nada puedo y soy humillado y recibo el desprecio del mundo ("incluso hasta la muerte, y muerte de cruz"); si no tengo nada, mi única posesión es Cristo ("Cristo es de Dios") y esto va a ser realmente verdad para mí mismo – la humildad de una persona cuya realidad completa y su valor se basan en haber sido creados y redimidos en Cristo.<sup>25</sup>*

Un buen ejemplo de esa paradoja o misterio es enamorarse. Cuando nos enamoramos, nos hacemos humildes ante la otra persona. Experimentamos a la otra persona como un gran regalo, y brota en nosotros el deseo de servir y de darnos como respuesta al don recibido. Hemos encontrado un tesoro tal, un don tal, que esta experiencia transforma la manera en que empleamos nuestros propios

<sup>23</sup> James R. Dolan presenta los dos caminos en términos de dos slogans: 'You Obey Me' (me obedeces) y 'I Love You' (te quiero). Ver James R. Dolan, *The Spiritual Exercises of St Ignatius: A Contemporary Revision for Retreatants and Retreat Directors* (Rochester, NY: McQuaid Jesuit Community, 2001), 97.

<sup>24</sup> Becker, 'Beyond Survival', 133.

<sup>25</sup> David L. Fleming 'Draw Me into Your Friendship': *The Spiritual Exercises: A Literal Translation and a Contemporary Reading* (St Louis: Institute of Jesuit Sources, 1996), 113–114.

recursos. Los bienes, la estima, el poder son buenos,<sup>26</sup> pero sólo en la medida que me ayudan a no separarme de lo que más atesoro. Mis capacidades son sólo un medio para amar a la otra persona.

Necesitamos pedir a Dios la gracia de enamorarnos de Jesús. En este texto atribuido a Pedro Arrupe se ilumina este punto:

*No hay nada más práctico que encontrar a Dios. Es decir, enamorarse profundamente y sin mirar atrás. Aquello de lo que te enamores, lo que arrebate tu imaginación, afectará todo. Determinará lo que te haga levantar por la mañana, lo que harás con tus atardeceres, cómo pases tus fines de semana, lo que leas, a quién conozcas, lo que te rompa el corazón... y lo que te llene de asombro con alegría y agradecimiento. Enamórate, permanece enamorado y esto lo decidirá todo.*<sup>27</sup>

*Un sufrimiento esperanzado*

*De mí a mí mismo hay un abismo que nada ha sido capaz de llenar.*<sup>28</sup>

Todos experimentamos tensiones, inconsistencias y ambigüedades en nuestras vidas. Nuestra existencia a menudo parece ser un enigma. Como Maurice Blondel postula, hay una inadecuación o disconformidad entre la voluntad que quiere (*volonté voulante*) y la voluntad querida (*volonté voulue*).

*“Por eso, al proponer la libertad como nuestro fin, experimentamos una desproporción entre la voluntad que quiere, quod procedit ex voluntate (lo que procede de la voluntad) y la voluntad querida, quod voluntatis objectum fit (que se convierte en el objeto de la voluntad). Experimentamos la dificultad de la elección y el sacrificio”.*<sup>29</sup>

Todos experimentamos una desproporción entre lo que realmente hacemos y lo que nos gustaría hacer.<sup>30</sup> Esta situación propia de nuestra vida diaria causa en nosotros sufrimiento y tensión. El sufrimiento es parte de la existencia humana. De hecho, no podemos experimentar la esperanza si tratamos de ocultar esta realidad.

J.B. Metz describe la esperanza por medio de un término apocalíptico y escatológico, “*memoria passionis*”, la memoria de la pasión.

*“Considerada teológicamente, la memoria cristiana del sufrimiento anticipa un futuro específico para la humanidad entendido como un futuro para los que sufren, los que carecen*

<sup>26</sup> Un interesante comentario sobre las Dos Banderas y la dupla ‘poder y amor’ se puede encontrar en Joseph Tetlow, *Choosing Christ in the World* (St Louis: Institute of Jesuit Sources, 1989), 160.

<sup>27</sup> Vincent O’Keefe, anterior consejero general de Pedro Arrupe, creía que esta cita venía de una respuesta espontánea a una pregunta realizada al P. Arrupe en una reunión de religiosas consagradas, probablemente hacia finales de los años 70. En muchas de estas reuniones, si no todas, alguna persona grabaría la exposición de Pedro en un casete. (Agradezco a Kevin Burke por esta información. Ed.)

<sup>28</sup> “*De moi à moi, il y a un abîme que rien n’a pu combler*”. Maurice Blondel, *L’action: essai d’une critique de la vie et d’une science de la pratique* (Paris: Presses universitaires de France, 1973), 338.

<sup>29</sup> Blondel, *Action*, 134.

<sup>30</sup> Ver Romanos 8.



*de esperanza, los oprimidos, los discapacitados y los que son considerados como nada en esta tierra.*<sup>31</sup>

Esta manera de pensar sobre el futuro mantiene la esperanza, incluso para los que mueren desesperados. Seguir esperando significaría mantener la esperanza en la posibilidad de que la historia de sufrimiento no seguirá su curso ininterrumpidamente. Implica concebir la historia no como un sistema cerrado de causa y efecto, sino como un proceso que pertenece en última instancia a Dios.

¿Pero cuáles son las causas principales del sufrimiento? S.S. Benedicto XVI nombra dos en su segunda Encíclica, *Spe Salvi*: nuestra finitud y la acumulación de pecado que se ha ido amontonando a lo largo del curso de la historia.

*Conviene ciertamente hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas. Todos estos son deberes tanto de la justicia como del amor y forman parte de las exigencias fundamentales de la existencia cristiana y de toda vida realmente humana... Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que « quita el pecado del mundo » (Jn 1,29) está presente en el mundo. Con la fe en la existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo. Pero se trata precisamente de esperanza y no aún de cumplimiento; esperanza que nos da el valor para ponernos de la parte del bien aun cuando parece que ya no hay esperanza, y conscientes además de que, viendo el desarrollo de la historia tal como se manifiesta externamente, el poder de la culpa permanece como una presencia terrible.*<sup>32</sup>

Siempre recuerdo lo que me dijo mi amigo jesuita, el P. Picón sj, cuando siendo un adolescente me presenté ante él con algunas dificultades:

*Alberto, las crisis y las dificultades son momentos duros, pero son también oportunidades para crecer en madurez personal. Si aprendes a manejarte con tu sufrimiento, tus tensiones y tu ambigüedad, madurarás, te harás un hombre y te acercarás a Dios. Poner el sufrimiento a un lado o huir de él no te ayudará a solucionar tus problemas.*

Cuando experimentamos que se viene abajo nuestro propio ser, nuestro mundo y nuestra vivencia de Dios, entonces nos quedamos desorientados. Normalmente, si superamos la crisis, descubrimos una nueva realidad más allá de nuestra pérdida.<sup>33</sup> Se da una transformación, una pasión que nos lleva a la Pasión.

---

<sup>31</sup> Johann Baptist Metz, *Faith in History and Society: Toward a Practical Fundamental Theology* (New York: Crossroad, 1980), 112.

<sup>32</sup> *Spe Salvi*, n.36.

<sup>33</sup> Parks, *Big Questions*, 27-31.

*La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre... Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana... Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad... La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad.<sup>34</sup>*

El sufrimiento permanece como una realidad terrible y altamente insoportable. Simplemente abrir un periódico o recordar a personas que conocemos nos recuerda la verdad de esta realidad. Sin embargo, la estrella de la esperanza ha sido elevada al cielo, gracias a que Jesús ha descendido al Infierno, el lugar del sufrimiento eterno, y ha transformado la oscuridad en luz. Todos sabemos que la tarea de nuestra experiencia religiosa es ayudar a los creyentes en sus vidas: “dando razón de nuestra esperanza”.<sup>35</sup> Como Metz reclama, necesitamos una teología que defienda la esperanza de que también nosotros podemos ser sujetos con la dignidad de los hijos e hijas de Dios; una teología que vaya más allá de las ideas y los conceptos y se focalice en “el sujeto” y “la praxis”.<sup>36</sup>

La esperanza cristiana nos convoca a imaginar nuestro futuro como individuos, como comunidad de discípulos, y en último término como comunidad solidaria con toda la humanidad.<sup>37</sup> La gente, en nuestro mundo complejo, aspira a una Iglesia que no sólo contribuya con principios morales claros, sino que también aporte “compasión, comprensión y la seguridad de que no están solos en su pena y en su sufrimiento – y de que hay bases reales para que no pierdan la esperanza”.<sup>38</sup>

### **Siguiendo la bandera de Cristo**

En la meditación de las Dos Banderas, y a lo largo de todo el proceso de los Ejercicios Espirituales, Ignacio busca una experiencia *connatural* con Dios, es decir, una conexión más profunda con Él. Tener una experiencia personal de Dios y seguir a Jesús en los misterios de su vida nos abre a esta experiencia *connatural*. Sólo siguiendo los mismos pasos de Jesús podemos empezar a pensar, ver, gustar y oler tal y como Él lo hizo. Seguir este camino de gracia, nos ayuda a pensar y actuar a la manera de Jesús. En resumen, toda nuestra existencia humana, incluida la vía del mínimo esfuerzo, será evangelizada. La voluntad que quiere (*volonté voulante*) y la voluntad querida (*volonté voulue*) quedarán integradas, como así ocurrió en la vida de Jesús.

¿Significa esto que habremos resuelto nuestras ambigüedades y complejidades? No. Dios continúa dándonos la libertad de ser agentes de nuestra vida y de nuestro futuro, para poder afrontar la increíble y maravillosa aventura de la existencia humana.

---

<sup>34</sup> *Spe Salvi*, nn. 38-39.

<sup>35</sup> 1 Pedro 3, 15.

<sup>36</sup> Metz, *Faith in History and Society*, 224.

<sup>37</sup> Metz, *Faith in History and Society*, 229-237.

<sup>38</sup> Kevin Kelly, “Towards an Adult Conscience”, *The Way* 25/4 (October 1985), 291. Ver también Johann Baptist Metz, *Memoria passionis: Una evocación provocadora en una sociedad pluralista* (Santander: Sal Terrae, 2007), 184-195.

## ¿Qué ha significado para mí, como laica, la espiritualidad ignaciana?

Conchita Arias y Simarro

La espiritualidad ignaciana es mi vida actual y no puedo separarla de todo mi hacer cotidiano, ni de mi propia historia. Puedo afirmar que es un modo de relacionarme con la realidad, con las personas, con Dios y conmigo misma; un modo que se ha hecho proceso a lo largo de mi historia personal: cambiando según las vivencias, evolucionando en tanto la he ido aprehendiendo, y profundizando con el estudio.

Como laica, no he contado con el apoyo de una infraestructura que me facilite tiempos para la oración o para el estudio; he tenido que hacer grandes esfuerzos para encontrarlos entre las múltiples actividades que he desempeñado a lo largo de los años, pero han valido la pena. Los laicos, por lo general, tampoco contamos con una infraestructura económica que nos permita dedicarnos a hacer el bien, sin preocuparnos de qué comeré, dónde viviré y con qué vestiré (y más, si hay hijos.) Sin embargo, el goce enorme de los encuentros amorosos con Dios, a través de la oración, ha hecho que busque y descubra esos tiempos tan necesarios y enriquecedores.

Mirando al pasado, puedo decir con satisfacción que logré un cierto equilibrio, entre muchas tensiones, para integrar y desarrollar mis distintas dimensiones humanas, junto con los variados roles que he jugado a través de los años: mujer, hija, hermana de 6, amiga, madre de 4, esposa de 1, académica (investigadora, maestra de cientos y administradora), abuela de 5, acompañante de Ejercicios Espirituales, facilitadora de retiros, maestra en temas de espiritualidad, entre otros.

Desde adolescente tuve grandes deseos de Dios. Muchas veces me he preguntado ¿de dónde vienen esos deseos? Me explico a mí misma que tengo nostalgia de Dios, es como si en el fondo de mi alma estuviera inscrita la huella de una experiencia de unión total con la divinidad y por ello constantemente busco recuperar esa relación que me hace sentir plena.

Las vivencias de ayudar a otros fueron decisivas. Era catequista a los 12 años y a los 15 formaba parte de una organización de jóvenes, en la cual realizábamos varias obras en colonias marginadas, como alfabetizar, catequizar o lo que se necesitara. También colaboré como voluntaria en un dispensario y como estaba tan convencida de que ayudar a otros favorecía la *“construcción del Reino”*, invitaba a mis amigos y amigas a que también colaboraran. Y hasta el día de hoy sigo realizando trabajo voluntario y motivando a otros a que regalen un poco de su tiempo porque la necesidad es grande...y mucho recibe el que nada espera.

**La espiritualidad ignaciana, la fui aprendiendo** desde la secundaria gracias a la formación que recibí con algunas religiosas: las madres auxiliadoras y las madres del Verbo Encarnado. Y más tarde, con los jesuitas de la universidad Iberoamericana al tiempo que estudié la licenciatura, la maestría y los años que fui docente. Desde los 18 años y hasta hoy siempre he estado en contacto con jesuitas y colaborando con ellos. A los 16 años tuve mi primera experiencia de Ejercicios Espirituales en completo silencio, y fue decisiva porque la gocé mucho y me sentí en comunicación con Dios. Desde esos primeros años supe que la respuesta a mis cuestionamientos existenciales la encontraría en la sabiduría de los evangelios de Jesús. Durante mis primeras vivencias de voluntariado en mi juventud, también me convencía la coherencia que veía en la convivencia con las auxiliadoras en su convento y verlas tan felices; además, me hizo apreciar la vida comunitaria (aunque nunca dudé de mi vocación a

ser mamá), la cual idealicé por el hecho de que Jesús pasó los años de su vida pública formando una comunidad.

En la Ibero, siendo estudiante de historia, tomaba todas las clases complementarias sobre temas de teología y espiritualidad; también ayudaron las reflexiones cercanas con algunos jesuitas que fueron mis profesores que me enseñaron a ser crítica, a cuestionar todo, a hacer análisis de la realidad y más, todo lo cual, me ha servido mucho. Hoy día, busco des-aprender ese estilo para poder adentrarme en la práctica de la oración contemplativa (3er modo de orar) y ensayo el mirar como Dios ve su creación: <todo estaba muy bien>.

Realicé mi tesis de licenciatura sobre la Inquisición. Ingenuamente pensé que podría justificar sus acciones... De la investigación concluí que “uno de los más grandes errores que puede cometer una persona es creer que posee la verdad”. Y en ese error caen la mayoría de las religiones y, por lo mismo, algunos de sus representantes pierden el objetivo central de ayudar a sus fieles a re-ligar con Dios.

El movimiento del 68 me sorprendió “dormida” y en medio de las más diversas opiniones, pero gracias a la huelga en la UNAM fue que llegué a inscribirme a la UIA, lo cual ha sido definitivo para mi historia, sentido de vida y compromiso social. Al mismo tiempo que estudiaba historia, me dediqué a leer sobre teología de la liberación.

A esas alturas de la vida, me quedaba claro que Dios no me había dado la vida para hacer dinero y pasé la primera prueba cuando mi querido abuelo (catalán) insistió en ponerme un negocio cuando finalicé mis estudios de licenciatura, lo que no acepté. Ahora, 40 años después, compruebo que mi intuición fue correcta, siempre he tenido lo necesario y más: por supuesto que he trabajado arduamente para obtener los recursos para satisfacer mis necesidades y ayudar al gasto familiar, pero nunca he aceptado trabajos que me alejaran del proyecto de vida que decidí desde muy joven: colaborar en la realización del Reino; ayudar a otros a tomar conciencia de la realidad externa e interna, ser profeta de la alegría, difundir la sabiduría del Evangelio.

Siempre me gustó dar clases y lo preferí sobre el campo de la investigación histórica para el cual también tenía habilidades, pero ser maestra se combinaba estupendamente con mi sentido de vida. Siempre me he dedicado a realizar diversas labores que tienen que ver con la educación y la mayor parte del tiempo lo dediqué a la academia universitaria en universidades jesuitas.

La vida familiar muchas veces no va de la mano con la vida profesional y afirmo que lo he vivido entre constante tensiones. A los 21 años me casé, a los 23 fui madre, a los 28 cambiamos la residencia familiar de México a Guadalajara para vivir en una ciudad menos violenta y que nos ofreciera mejor calidad de vida a nuestros hijos y a nosotros (lo cual logramos con éxito); a los 32 nació mi cuarto y último hijo. A las mujeres madres se nos complica más porque la cultura nos ha asignado el tradicional rol de hacer la comida, limpiar la casa, lavar la ropa, cuidar a los niños (afortunadamente, en el presente, las parejas se reparten más equitativamente las cargas de trabajo dentro y fuera del hogar). Defendí siempre mi desarrollo profesional, que ha ido ligado a mi sentido de vida, aunque en los tiempos de crianza de los hijos, siempre preferí atender el hogar y la familia: lo primordial era educar a mis hijos en la libertad y no en la obediencia. Hasta que el último de mis hijos entró a la primaria, yo acepté un trabajo de medio tiempo fijo.

Me ayudó mucho a seguir profundizando en la espiritualidad ignaciana el haber metido a mis hijos a estudiar en un colegio de inspiración ignaciana. El padre jesuita Pierre Faure fue el diseñador del método llamado “educación personalizada” y venía cada año al colegio que lleva su nombre y daba cursos para la comunidad educativa, a través de los cuales fui aprendiendo sobre la pedagogía

ignaciana (me tocó presenciar, en la década de los noventa, largas discusiones entre algunos jesuitas sobre el término de pedagogía ignaciana, ya que algunos opinaban que no se podía hablar de pedagogía, sino únicamente de filosofía ignaciana). Pierre Faure era un hombre sencillo, inteligente y alegre; él insistía en que la espiritualidad y la vida se tejen juntas y mientras se enseñan las diversas materias, se enseña a vivir la espiritualidad (educar para integrar). A partir de 1982 coordiné por varios años a un equipo de mamás voluntarias que impartíamos la educación en la fe (a pesar de la incongruencia con la teoría de Faure, pero respondiendo a la realidad cultural). Esa actividad (de unas cuantas horas a la semana) me permitía estar cercana a la vida escolar de mis hijos e incluso, me llevaba a mi bebé (al que amamantaba) a las reuniones. Mi función principal era formar a las mujeres en temas de espiritualidad y religión para que ellas, a su vez, educaran a sus hijos en una religión basada en el amor y no en el miedo. Recuerdo que usaba mucho los textos de Anthony de Mello para enseñar a orar. Me apoyaba otra mamá experta en Biblia (que había sido religiosa mercedaria).

Un par de años antes, formé parte del primer grupo que estudió e introdujo a Guadalajara el método catequético llamado “Buen Pastor”. Aprendí sobre la gran riqueza que tienen las parábolas y este conocimiento lo sumé, años más tarde con las investigaciones sobre cómo aprende el cerebro y cómo es que las metáforas favorecen el aprendizaje gracias a que facilitan la unión de ambos hemisferios cerebrales, igual que otras actividades como son: la meditación, la música clásica, la poesía de rima, algunas danzas. Al parecer Jesús, ya lo sabía, al igual que Ignacio de Loyola sabía sobre la importancia de la imaginación dentro de las actividades cerebrales, como el punto clave para la comunicación con la Trascendencia. Lo más relevante de esa experiencia fue el intento de vida comunitaria que se dio entre el grupo de familias que participábamos (nuevamente aparecía este tema en mi vida). Duró poco, pero fue muy significativo.

Siempre me han gustado los retiros y he procurado tener distintas experiencias.

Participo desde hace 18 años en un grupo de discernimiento y que ha sido muy importante para mí, tanto porque me he vivido acompañada en las buenas y en las malas, pero especialmente por las luces que me brindan mis compañeras. Yo aliento mucho a los grupos de amigas a que se formen como grupo de discernimiento y facilito estos procesos cuando me los piden.

La formación religiosa “de ojos abiertos”, el interés por la lectura y el estudio, el gusto por la reflexión y el amor a la verdad, la paz y la libertad los recibí desde niña en el ambiente familiar.

Ignacio de Loyola me ha ido enamorando conforme lo voy conociendo más y su método me parece realmente sabio y acertado para acercar a las creaturas con su creador. Comparto con san Ignacio el creer que los seres humanos estamos invitados a ser libres porque si no es imposible amar; el principio y fundamento es para mí un verdadero “manual de funcionamiento humano”.

**Él siempre me ha llamado**, aunque yo no sé decir cómo es Dios, pero desde mi experiencia personal, me ha ido abriendo puertas y mostrando el camino de su amor... Yo voy respondiendo en discernimiento a las invitaciones que, a través de los años han variado de profundidad y grado de conciencia; ha sido un proceso de despertar a la dimensión de lo divino humano. Por ejemplo, a los 12 años, una amiga con una abuela piadosa me invitaron a dar catecismo a niños de una colonia marginada: ellos me mostraron las sonrisas de Dios en sus caritas sucias y mocosas; a los 15 años, las hermanas auxiliadoras me invitaron a colaborar con ellas y recibí una sólida formación; otra amiga me invitó a entrar a estudiar a la Ibero en lo que terminaba la huelga de la UNAM (1968). Mi paso (de 10 años) por esta universidad jesuita marcó definitivamente mi ser y hacer. Recién egresada (1972) fui invitada a dar clases y participé en varios seminarios de investigación cursando la Maestría de

Historia, entre ellos uno (dirigido por Edmundo O’Gorman) sobre los testimonios de los milagros realizados por la Virgen de Guadalupe en el siglo XVII (dejé de creer en los milagros mágicos; prefiero pensar que la vida en sí es un milagro).

En 1978 mi esposo y yo decidimos dejar el D.F. y salió la oportunidad de venir a Guadalajara, lo cual no dejo de agradecer porque en esta ciudad he tenido la fortuna de estar cercana a grandes maestros que facilitaron el desarrollo de mi vida espiritual y he colaborado con grupos e instituciones que me han dado experiencia, formación y trabajo en el campo de la espiritualidad (primordialmente del carisma ignaciano). He podido desarrollar una vida llena de amistades sinceras y que me han ayudado mucho a crecer como persona de manera integral. Y siguieron las invitaciones (de Dios): recién llegada, me pidieron colaborar como académica en ITESO, también me llamaron a coordinar la educación en la fe en el Instituto Pierre Faure. Para 1990 me ofrecieron un tiempo fijo en ITESO; unos años más tarde fui invitada a formar el Centro de Pedagogía Ignaciana. Empecé a dar retiros, fui elegida para formar parte en varios consejos de la universidad; en 1999 me pidieron que participara en Educación Continua desde donde pude influir en apoyar y crear varios programas académicos enfocados a las humanidades (como los diplomados de teología, filosofía, literatura, desarrollo humano, el ciclo de conferencias de Educar Educándonos que ofrece cada mes formación gratuita a la sociedad de nuestra ciudad, entre otros). Finalmente, me invitaron a colaborar con el Centro Universitario Ignaciano desde el cual se ofrecía formación ignaciana, retiros, conferencias, talleres a los alumnos y los profesores. La mayor parte de los años que estuve trabajando para esta universidad, me dediqué a dar formación a los profesores difundiendo y reflexionando junto con ellos la filosofía institucional y la pedagogía ignaciana. Fui coordinadora regional de los breves años que duró la RAI (red apostólica ignaciana) promovida por Javier (el Caporal) Saravia y en ella aprendí mucho.

En 2005 fui convocada a tomar el curso para acompañante de Ejercicios y, justamente al año siguiente, cuando fui invitada a colaborar con el Centro Ignaciano de Espiritualidad (CIE), también fui invitada a recibir mi jubilación adelantada en la universidad... ¡La gracia de Dios, siempre presente! de manera misteriosa y entre lágrimas y risas.

**Actualmente colaboro** en el CIE y me dedico a acompañar EEVO, ejercicios de 8 días (junto con algún sacerdote); acompaño retiros de fin de semana y retiros de un día (es una oferta nueva para las personas que tienen poco tiempo y que desean detenerse a revisar su vida <hacer una “pausa” en su ajetreada vida> y aprovechar el espacio para interiorizar: mirarse a sí mismas, discernir, orar y, principalmente es una oportunidad para ejercitarse en el arte de estar en silencio y gustar de él como lugar donde se favorece la escucha a sí mismo y a Dios). Me agrada decir que me dedico a facilitar procesos para ayudar a las personas que buscan liberarse de falsas creencias religiosas. Estoy convencida de que podemos ser más libres de lo que creemos y generar más belleza de lo que suponemos. También imparto clases sobre temas de espiritualidad y ha resultado una actividad en la que doy tanto como recibo: los cuestionamientos de los alumnos, reaniman a mis propios cuestionamientos y busco, junto con ellos, encontrar nuevas respuestas (me motivan muchísimo, además de ser una actividad que da sentido a mi vida). La mayoría de nuestros alumnos son mujeres de edad media y creo que justamente he resultado ser una buena acompañante gracias a que he pasado por muchas de las experiencias que ellas van pasando. Se sienten comprendidas y puedo entender lo que viven porque yo lo experimenté en algún momento de mi pasado o lo viví cercanamente en alguna amiga: a través de los años he tenido muchas de las mismas tentaciones que ellas y quizá hasta he caído en los mismos pecados; también me he sabido redimida, amada y bendecida, todo lo cual me ayuda a ser empática, a mirarlas como Dios las miraría: con infinita ternura. Esto me permite saber que nunca es tarde para comenzar un proceso de conversión, que

Dios siempre está con los brazos abiertos esperándonos y que, si nos abrimos a su amor, conoceremos la paz y el goce del amor incondicional que todo lo sana y Él será nuestro centro personal y comunitario.

Colaborar y trabajar en el CIE es una alegría y un gusto: me ha dado la oportunidad de sacar lo mejor de mí y compartirlo con muchas y diferentes personas; recibo y doy formación; es un espacio privilegiado para madurar en la fe, para el desarrollo de la creatividad y lugar de encuentros significativos; me han dado la confianza y libertad para ampliar los programas y generar nuevos proyectos. Me siento muy feliz de poder trabajar y colaborar en este Centro.

El CIE ofrece un espacio de trabajo que es muy sano, la colaboración entre laicos y jesuitas es muy horizontal, las decisiones se toman en equipos. El CIE atiende las muchas necesidades actuales de profundizar en lo espiritual (por la historia sabemos que ni la razón, ni el dinero, ni el dios mágico, ni los avances tecnológicos dan la solución a los complejos problemas humanos). El director del Centro, José Luis Serra, ha mostrado por años que sabe confiar en los laicos y los frutos se pueden apreciar fácilmente porque es un lugar con gran vitalidad, al que acuden cada vez más personas y que ofrece una oferta variada de cursos, retiros, liturgias, espacios para orar, acompañamientos tanto espirituales como psicológicos y de salud, etc.

Desde que leí *Sadhana* de Anthony de Mello, a los 31 años, sentí un fuerte llamado a formar y colaborar en un centro similar; ése ha sido el sueño de toda mi vida. El misterio infinito de Dios se vuelve a hacer presente cuando me doy cuenta que ese deseo se está haciendo realidad.

**Finalmente**, me gusta recordar en lo personal y cuando trabajo con grupos que soy peregrina, que estamos de paso y que la forma de caminar en este peregrinaje depende en mucho de la atención que preste tanto a mis acciones como a mi Creador; repetir constantemente la pregunta de Ignacio ¿a dónde voy y a qué? Procuro poner siempre alguna dinámica con el cuerpo para prepararse a la oración.

De los descubrimientos que he ido haciendo, uno de los que más me gusta es reconocer que no estoy invitada a ser perfecta, sino amorosa, compasiva. Quiero y procuro (con humildad y paciencia) ser canal del amor de Dios.

Mi oración se ha ido transformando de la petición (desde la carencia o lo que me falta) al agradecimiento (que es desde la abundancia) y de muchas palabras al silencio. En este momento de mi vida trato de vivir la contemplación para alcanzar amor..., me tomo en serio esta invitación de Ignacio.

No sé qué tanto han influido mis vivencias de estar cercana a la muerte para desarrollar con mayor fuerza este gusto por la espiritualidad, por el silencio, por la oración; esta una fuerza que me mueve por dentro y que me lleva a buscar el acercamiento y encuentro con mi Dios. El mismo Ignacio pone la suposición de una muerte cercana como elemento de ayuda para tomar una decisión importante. De lo único que podemos estar seguros es que la vida es frágil e incierta.

Hoy me doy cuenta de que mi opción de no participar desde una institución eclesial, o sea, no ser religiosa (ni sería mujer sacerdote) me da una gran libertad de acción.

Después de este largo caminar, entre búsquedas y exploraciones, estudios, retiros, diálogos, oraciones y más, concluyo –por experiencia sentida– que Dios siempre está presente, siempre escucha, siempre está ofreciendo su amor incondicional; que no necesito hacer, ni decirle nada, simplemente me hago consciente de su presencia y me dejo amar mientras le estoy amando (*ser para los demás*).

## Vida y Conflicto con el Pueblo

José Luis Serra Martínez, SJ

“La misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron,  
la felicidad brotó de la tierra y la justicia vino del cielo”<sup>39</sup>

Salmo 84

En octubre pasado me tocó compartir unos Ejercicios Espirituales con una buena parte del clero de la Diócesis de Matamoros, Tams. Utilicé como base el documento “Porta Fidei” de Benedicto XVI, al que fácilmente se puede acoplar el esquema ignaciano. La “Puerta de la Fe” pasa por los deseos de sentirme enamorado de Dios y su proyecto, revisa el contexto de pecado, sea social como personal, que nos aleja de una historia de fe la cual, por el otro lado, tiene que centrarse en la figura de Jesús. Al llegar a compartir “la Historia de Fe” de Jesús, nos pusimos a reflexionar todos juntos en “Jesús y la violencia”. Apenas se comentaron los primeros puntos acerca del contexto de Jesús, se suscitaron una serie de intervenciones de parte de los sacerdotes sobre el contexto que ellos viven, de las actitudes tomadas, del miedo imperante, de la decisión de no abandonar su vocación diocesana de estar ahí, con su pueblo, compartiendo esperanza donde parecería que “Dios se esconde”. Todos estábamos atentos, movidos, sintiendo esa realidad de ese estado tamaulipeco al que, excepto yo, nadie era ajeno. Se sentía un ambiente de mucha solidaridad, de un gran interés de unos por otros, de amor por lo que estaba viviendo cada uno en su parroquia.

Salimos al descanso y, como muchas veces, la realidad nos juega bromas de mal gusto. Me quedo platicando en la sala de trabajo con dos o tres padres y, después de un rato, otro de ellos entra en el salón y me dice “Que mañoso eres, hasta traes marinos para hacer más viva la dinámica”. Nos encontrábamos en una casa de Ejercicios (cuyos dueños son los Legionarios), metida en la Sierra cercana a Arteaga, Coah. Alguna persona vio llegar a dicha casa, muchos coches con placas de Tamaulipas y llenos de puros hombres. Lo que no sé dónde vio, era el que estábamos cargados de armas. Así, tres camionetas con marinos entran a revisar la casa. Después de comprobar quiénes éramos, se apersona el líder de ellos con el Sr. Obispo, se quita el pasamontañas y le dice: “Señor, aquí la cosa está muy dura, por favor, denos su bendición”...

Mis sentimientos se me acumulaban. Los recuerdos noventeros de la zona popoluca en la veracruzana Sierra de los Tuxtla, brotaban y brotaban.

Al día siguiente pasé la película “De Dioses y de hombres” que narra la vida, discernimiento y asesinato de ocho monjes cistercienses en Argelia, por allá del año 1993. Según la película transcurría, veía y oía en los monjes actitudes, emociones y decisiones muy parecidas a las que el día anterior había comentado ese grupo del presbiterio matamorenses. Igual, según la proyección seguía su curso, veía en los ejercitantes rostros tristes y alegres, movimientos de asentimiento, dolor, llanto y

---

<sup>39</sup> Palabras que enmarcaron la “Catedral de la Paz” de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, dirigida por Mons. Samuel Ruiz, durante los diálogos entre los zapatistas y el gobierno en la búsqueda de conseguir una vida digna para los pueblos indígenas.



seguridad. Uno de ellos me dice, “no me dejan de sudar las manos” y otro “que, ¿quieres que nos dé diarrea?”. Terminó la proyección y ahora se expresaron vivencias y sentimientos muy personales: “Estábamos en el catecismo y fuera de la parroquia empezó un tiroteo. No sabía que hacer, como organizar a todos aquellos niños, como gritarles que se tiraran al suelo...” y mientras contaba lloraba los recuerdos. Uno de los Padres, grande de edad, comentaba como en el desayuno un padre joven les había comentado en la mesa la vez que regresando por la noche de una misa en un ejido fue detenido por un grupo de jóvenes, lo bajan de la camioneta, lo encañonan y le dicen que se vaya caminando y no voltee. Se aleja con el temor de oír a sus espaldas un tiro que le quite la vida. Al rato, tratando de ocultarse en aquel frío desierto, hace un hoyo con sus dedos, lo cual además de escondite, le sirve para no sufrir hipotermia. El Padre mayor le daba las gracias al Padre joven por haber abierto su corazón.

Este clero ya sufrió la muerte de un presbítero, y por supuesto la muerte de muchos, muchos fieles. Amigos, hijos de amigos, parientes... la muerte es un evento cotidiano en su práctica pastoral. Marcos se llamaba el sacerdote muerto en un fuego cruzado. Iba en su automóvil con dos o tres personas de su parroquia. Al tocarles el fuego cruzado él, quizá imprudentemente, pero muy evangélicamente, se baja del auto y pide que paren el fuego. Una bala expansiva del ejercito le destruyó su interior. Otro compañero, presente en los ejercicios, comenta que le toca darle los últimos óleos, recibir su cuerpo tasajeado por la autopsia, hacer los trámites legales que incluyó ver las fotos de la misma autopsia... Más dolor, más solidaridad, una auténtica catarsis grupal que hizo sentirse al clero más cercano, más hermano, mas deseosos de darle un sentido distinto a su servicio pastoral, ahora que comienzan la elaboración del Plan Diocesano que con mucho ánimo y cercanía paternal ha iniciado el nuevo Obispo, con un año de estancia en la Diócesis pero con experiencias parecidas en la Sierra Duranguense durante su anterior servicio como Obispo.

Cerramos los Ejercicios con la Resurrección. La muerte no puede ganarle a la vida, el pecado no puede destruir al amor, el perdón es mucho más grande que el rencor. Con la Resurrección, Jesús trae el oficio de consolar, y consuela a este presbiterio, a esta diócesis tan golpeada. La resurrección hace vivir con esperanza al sacerdote de la Parroquia de San Fernando que tuvo que dar los óleos a muchos de aquellos cuerpos de migrantes asesinados en una granja de su parroquia. O al Señor Obispo que tuvo que ausentarse un día de los Ejercicios porque era vital ir a Reynosa y celebrar la misa de mes de la muerte de los obreros difuntos por la explosión de la refinería de Pemex y, ese mismo día, recibir y celebrar para las madres de indocumentados centroamericanos y que hacían peregrinación por todo México buscando a sus hijos desaparecidos.

La experiencia se volvió a repetir en los últimos ejercicios de Puente Grande, a principios de año, con los comentarios de una religiosa que vive el acoso a su gente por parte de “la familia michoacana” en un pequeño pueblo en los límites de Guanajuato y Michoacán, o de la maestra de nuestra torreónita Pereyra que teme que su gente se vaya acostumbrando a esta violencia. Violencia que también ya la vivimos en Guadalajara. El asesinato de los suegros de Rosy, o el del compañero de Elena, o el sobrino de Paco asesinado en un bar de Torreón, todos ellos personas cercanas al CIE<sup>40</sup>, de las CVX<sup>41</sup> tapatías.

---

<sup>40</sup> Centro Ignaciano de Espiritualidad

<sup>41</sup> Comunidad de Vida Cristiana.

Como escribí en un párrafo anterior, estos hechos hicieron que brotaran recuerdos de mi estancia en Soteapan, en aquellas coloradas y benditas tierras popolucas, en épocas de revoluciones del EZLN<sup>42</sup>. Hechos que no son ningún merito mío, sino el caminar por sus reivindicaciones, por su libertad, por su derecho a ser raza, ser pueblo, ser cultura, de los pueblos popolucas y náhuatl.

Recuerdo cuando a las 11 de la noche y fuera de nuestra casa parroquial en Chinameca se apretujaban muchas, pero muchas camionetas llenas de policías que querían desalojar a los maestros de Tatahuicapan que tenían tomados los mantos de agua potable que surten a Minatitlán y Coatzacoalcos. El comandante, famoso matón en la región, toca a nuestra puerta y me pide que sea yo quien funja como intermediario para resolver el problema. En aquel tiempo yo no conocía a ninguno de aquel grupo de maestros. Y ahí va tu “valiente” con el miedo corriéndome por todo el cuerpo. A media noche llegar a Huazuntlán, el pueblo vecino, para ver qué se puede hacer. O la vez que fui parado en una solitaria carretera por cinco camionetas de la policía y ser acusado de fomentar un movimiento parecido al de los zapatistas en Chiapas... ya quisiera yo.

O por andar tratando de ayudar a resolver pacíficamente los conflictos de tierra entre dos comunidades colindantes, estar en uno de los pueblos donde me avisan que dos de ahí son asesinados a machetazos en la parcela en litigio. Al traerlos al pueblo les doy los óleos en rostros, literalmente hechos picadillo, por la saña con la cual fueron asesinados. Para colmo a los dos o tres meses recibo una llamada anónima, aunque estoy seguro provenía o del grupo de Antorcha Campesina en el poder de Soteapan, o del mismo gobierno, para decirme que tengo una orden de aprensión... o cuando un grupo de Pajapan que al tener ya concedida la restitución de unas tierras por el gobierno federal, pero que el estatal retardaba la entrega legal de las escrituras, por meros motivos políticos. El grupo toma la carretera transísmica, me pide que esté con ellos y, luego, nueva intimidación por el Secretario de Gobernación de Veracruz de levantarme otra orden de aprensión y... con muchas otras comunidades jesuíticas, no dejábamos de estar en el *rating* de la persecución...

Consecuencia, tensión constante, kilos de más, una dolorosísima operación y un cambio de destino no pensado, no deseado. Lejos, después de mucho tiempo, veo esperanza parecida a la que hoy los curas de Matamoros muestran al ser fieles a su vocación diocesana o al deseo de favorecer grupos de catarsis entre las víctimas inocentes de la violencia. Hoy también, pero en el sur de Veracruz, los maestros de Tatahuicapan se han convertido en una fuerza importante regional con muchos logros para el pueblo náhuatl; se resolvieron las broncas de tierra entre aquellas dos comunidades y, me consta, el arrepentimiento de cuando menos uno de los asesinos. Antorcha sigue presente, la desintegración social es muy fuerte entre los popolucas, mucho consecuencia de los cambios al artículo 23 en épocas de Salinas y mucho fruto de la entrada masiva de las sectas con ideas de cielo fácil. Pero veo animadores fieles a sus comunidades y al seguimiento de Jesús. Niños de antes que hoy son los nuevos agentes sociales de la cultura; mujeres popolucas que no dejan de ser tozudas en su busca de igualdad... y por todo, pese a todo, veo ese pasado, este presente, sin ningún arrepentimiento. Viví cerca del pueblo, y sigo conservando aquel frasquito de nescafé con un poco de su colorada tierra como símbolo de que ahí quedó, no mi cordón umbilical, pero si mucho de mi corazón. Hoy quisiera guardar también, 32 frasquitos con tierra de cada uno de los estados de nuestro país, como símbolo de que es viable que “La misericordia y la verdad se encuentren, la justicia y la paz se besen, la felicidad brote de la tierra y la justicia venga del cielo”.

---

<sup>42</sup> Ejército Zapatista de Liberación Nacional